

Los detectives civilizados

José Paredes

La caída congelada de los pinos intentando caer sobre las cruces melancólicas de los sepulcros, nos vio reír al tiempo que el féretro se hundía en las fauces de la tierra, perlado por el adolorido llanto de los deudos. Me salí de los ojos para circundar la escena desde la totalidad de los ángulos posibles, y me pareció curioso ver la risa y el dolor coexistiendo en el mismo lugar de una forma tan natural, que se mezclaban los sentimientos antagónicos, o por lo menos, no se repelían. Descendí a la boca para decirle a Jeremías «se me acaba de ocurrir un cuento», desde luego, sobre esa mezcolanza inverosímil. En casa empecé a perseguir el método, la fórmula para materializar la idea, las palabras justas para ataviarla con decencia, ya que existía, pero a la vez era inexistente. Como hay temporadas o situaciones fecundas en que los aguaceros de la inspiración se dejan venir sin piedad sobre el escaso suelo de mi capacidad de escritor, me vinieron mejores argumentos y me olvidé de ese para siempre. Hasta hoy no me he dado un par de noches para escribirlo.

Éramos un grupo considerable de amigos con aspiraciones de escritor serio, y estábamos siempre atentos a ideas o acontecimientos que nos dieran material para escribir. Adoptamos como lema o estribillo, o no sé de qué manera llamarle, eso de «se me acaba de ocurrir un cuento». Así fuimos cazando ideas durante muchos meses, pero como a cada uno le fue llegando con el tiempo y el estudio una mejor,

aquello se volvió sana competencia y en verdad empezamos a soñar con hacer grandes cosas en el campo de la literatura.

Considero, modestia aparte, que mi técnica narrativa era la mejor desarrollada de todas, además yo era el único que tenía una imaginación «alienada» en el grupo, sin embargo, había ocasiones en que los compañeros me sorprendían y me dejaban pensando «¿cómo no se me ocurrió a mí antes?».

Jeremías Godínez

Seguramente ya te ha contado José Paredes de cuando fuimos al cortejo fúnebre y le comenté una idea, que estoy seguro, le tocó el ego. Yo no poseo sus métodos para escribir, y aun así considero que esa idea estaba al nivel de las tuyas o acaso un poco más, de todas maneras se la conté; allá él si me la roba. Mi argumento es más o menos esto: a un hombre, que llamaremos Gustavo, se le muere el mejor amigo; es decir, ambos van en motocicleta, se accidentan por culpa de Gustavo que conducía ebrio y en el percance muere Franklin, que es como llamaremos al mejor amigo. Gustavo empieza, inevitablemente, a hundirse en las aguas del remordimiento y la depresión. Solo encuentra una salida y es devolverle la vida al amigo y así, en cierta forma, recuperar la suya. Empieza un proceso de investigación para lograr el objetivo, lee muchos artículos, ve abundantes documentales, hasta que después de algunos meses da con un libro, cuyo título aún no invento, en el cual encuentra el método de revivirlo, que llamaremos de

forma preliminar «el cuaderno de la resurrección». Podríamos decir que la esencia de mi idea es este cuaderno por medio del cual revivirá el amigo. El cuaderno de la resurrección en síntesis es esto: Gustavo irá, con la excusa de hacer un homenaje al amigo muerto, con todas las personas que lo conocieron para que escriban en una página cuanto recuerdan de él; de esta manera piensa reconstruir su vida a través de la memoria de quienes escriban. Al completar el cuaderno, lo quemará sobre la tumba del amigo para que, por medio del fuego físico, se encienda el fuego inmortal del alma. Sin embargo, hay un problema al que debe enfrentarse Gustavo: una vez las personas escriban lo que recuerdan de Franklin, lo olvidarán inevitablemente. Como para revivirlo tal y como era, él también debe llenar una página, si lo hace su amigo resucitará, pero él no podrá recordarlo, y si no lo hace, puede que también resucite, mas entonces Franklin será quien no lo recuerde a él, quedando así acabada la amistad para siempre. Quiero un final abierto, donde Gustavo esté quemando el cuaderno sobre el sepulcro, sin decir la decisión que tomó... Contarle esa historia fue incendiarle la imaginación. José me contó cuatro futuros cuentos como respuesta.

Luis Martínez

«Que haya varios escritores con buena imaginación genera una competencia sana y nos hace avanzar», ha dicho una o varias veces José Paredes. En algunas ocasiones quizás lo dice con sinceridad y en otras, según creo, con la intención de distraerme cuando, además de regalarme a su dama, me ve a dos movimientos de hacerle jaque mate. Lo cierto es que esa competencia tiene sus altas y sus bajas.

En ocasiones se nos ocurren tres cuentos por semana y en otras ninguno. Esta última temporada se está excediendo con peligrosas medidas de tiempo... Ninguno ha hecho mención de nada nuevo desde hace mucho y menos de algo que sea sorprendente o prometa, como deseamos, refundar la literatura guatemalteca. Nos hemos remitido a hablar de técnica, que no está mal, pero bien sabemos que eso no es todo. Como yo sí creo que debemos refundar los valores literarios en Guatemala, la próxima vez que nos reunamos les diré que es preciso hacer algo para seguir incentivando la creación literaria de calidad entre nosotros.

José Paredes

Sí, ayer vino Luis Martínez, y tiene razón. Hemos bajado la guardia, así que decidimos buscar soluciones. Como antes de abordar el problema estuvimos charlando de libros, salieron a tema dos grandes: Miguel Ángel Asturias y Francisco Méndez. En estos dos autores la imaginación alcanzó lo más alto de la Literatura Universal, y desde luego, son lo más destacado de Guatemala. Ambos tienen justamente algo en común: el contacto con el mundo indígena. Asturias lo vivió en Salamá y Francisco Méndez en Joyabaj. Entre Luis y yo acordamos que nos faltaba un viaje al occidente del país para convivir con la esencia de la Cultura Maya viva, como lo hicieron ellos, y contagiarnos de esa imaginación. En algo estuvimos de acuerdo casi desde el principio, y es que no podíamos ir a los lugares donde estuvieron ellos, sino descubrir uno nuevo, y mejor aún, uno que ni siquiera estuviera en el mismo departamento. Si Asturias lo había encontrado en Baja

Verapaz y Méndez en Quiché, nosotros debíamos ir, según propuse, a Huehuetenango, por los Cuchumatanes y por Cuilco.

Jeremías Godínez

Entre ellos lo decidieron, a mí únicamente me preguntaron si quería ir y dije que sí. Solo una pregunta les hice: ¿por qué Cuilco? Me explicaron entonces que Cuilco significa «lugar de escritores» y que al estar en el occidente y significar eso, era seguro que ahí lograríamos nuestra consagración como cuentistas, así que decidimos irnos, pensando en que los Cuchumatanes nos quedarían a escasas horas de distancia y que podríamos disfrutar de ellos ocasionalmente. La idea era estar en Huehuetenango tres meses y desde Cuilco salir a comunidades próximas, sitios arqueológicos, lagunas, ríos, montañas y demás. Entregarnos a la vida y escribir solo al regresar, ya cuando la experiencia estuviera fermentada. Si el método resultaba funcional, podríamos asentar ahí nuestra estadía.

Luis Martínez

Giré la cabeza y vi por última vez los nostálgicos tejados y las piedras oscurecidas por la sombra demoledora de los volcanes. No veríamos por algunos meses esta ciudad hecha para la poesía, por perseguir un tierra hecha para el cuento. La estridente música entorpecía la plática, por lo que cada cual se acercó sus canciones predilectas a los oídos y se dedicó a ver las tupidas montañas. Descendimos de ese bus para abordar otro del que no podríamos bajar en las

próximas cinco horas. En Guatemala la tipografía, la flora y la fauna, cambian constantemente de piel en el marco de la ventanilla. Recorrimos varias naciones en un solo país y en pocas horas. Cambiaban los árboles, los pájaros, los cerros, los barrancos incendiados de neblina, las personas, los idiomas, el color del cielo y la forma de llover. Por fin llegamos a Huehuetenango. Debo admitir que me decepcionó la ciudad desagradablemente urbana como cualquier otra cabecera departamental, pero pisar, primero Zaculeu sintiendo la constante presencia de Kaibil Balam y ver imaginaria o astralmente todo lo que Asturias describió en Maladrón, y después Chiantla donde está la Virgen de Plata que según Francisco Méndez cuenta, por boca de Teresón, fue encontrada tal y como es en una mina... hizo que volviera a creer en el sentido de nuestro plan.

Eunice Monzón

Sí, por acá pasaron los tres. Como conozco a José y nos juntamos la vez que ganó un premio literario en Huehuetenango, ahora que vino de nuevo, volvimos a encontrarnos y me presentó a sus amigos. Pasamos una noche amena hablando de libros, compartiendo poemas y bebiendo café con leche. Fue entonces que empezaron a hablar de la imaginación y el método. José tomó la palabra y presentó como arquetipo de la imaginación en Latinoamérica, desde luego, a Miguel Ángel Asturias, por quien profesa sincera admiración, y como arquetipo de la técnica, a Mario Vargas Llosa y a Roberto Bolaño. Nos contó de *Los detectives salvajes* y cómo emprendieron la búsqueda de Cesárea Tinajero entre aventuras literarias, inverosímiles y depravadas. Como después nos contara que ellos iban en busca del

Realismo Mágico, en una especie de investigación de campo, y como ellos no iban entre balaceras y prostitutas, decidimos apodarlos aquella noche «los detectives civilizados». A la madrugada siguiente, invisibilizados por la calígne, se fueron con rumbo a Cuilco.

José Paredes

Salimos de Huehuetenango con rumbo a Cuilco muy temprano, en busca del origen del Realismo Mágico. Es seguro que en la tierra de escritores lo encontraremos, dijo Luis Martínez, pero para él encontrarlo era hallar un grupo de personas que nos contaran sus mitos y leyendas y de eso hacer cantera para escribir. Jeremías pensaba algo parecido. Tuve que decirles que yo no creía que la genialidad de Asturias y de Méndez se alimentara de simples historias, inclusive que esas historias no surgían de la imaginación ni se perpetuaban a través de la tradición oral como pretenden decirnos, sino que había verdaderamente una realidad mágica y que en busca de ella era que íbamos a Cuilco.

Luis Martínez

Esa noche en Cuilco empezaron a cambiar las cosas, o al menos empezó a cambiar la manera en que las veía, y es que José nos aseguró que en lugares como Mesoamérica, Mesopotamia o la India milenaria, cuanto se escribía no era producto de mentes prodigiosas, sino de ecosistemas mágicos y deslumbrantes. Textos como *Las mil y un noches*, nos decía, no son fantásticos sino históricos. Nos contó

su teoría sobre los volcanes que tuvieron nombres de deidades, y cómo ha afectado su integridad el hecho de que se los cambiaran por nombres genéricos. Yo sentí creerle por un momento, pero esa noche, cuando nos reunimos con las personas en torno a una columna de fuego y empezaron los pobladores de Cuilco a contarnos sus historias, volví a convencerme que el origen del Realismo Mágico estaba en la tradición oral del occidente guatemalteco.

Jeremías Godínez

Es noche, mejor dicho esa madrugada en Cuilco, al volver del lugar donde nos reunimos con los pobladores, Luis y José iban en pleno debate. Luis aseguraba haber dado ya con el origen del Realismo Mágico en esa enriquecedora plática, e inclusive aseguró que le bastaba lo escuchado esa noche para escribir cien cuentos magníficos. José contrató con la pregunta «¿y crees que estarán al nivel de los de Asturias?» Luis titubeó. Yo insisto, dijo José, que la búsqueda debe continuar, debemos llegar a la verdadera raíz del Realismo Mágico. Entre las profundidades de los Cuchumatanes deben suceder las cosas más fantásticas que podamos imaginar... Sugerí que fuéramos al día siguiente de nuevo a la cabecera departamental a buscar a Eunice, para que nos llevara a las alturas imposibles de aquellas montañas.

Eunice Monzón

Los vi regresar de la perla escondida donde fueron a buscar el origen del Realismo Mágico, y creo que al menos lo atisbaron, porque a José le gustó el frío, a Luis lo

templado y a Jeremías el calor. Se sabe que Cuilco tiene los tres climas, pero no que cada persona pudiera sentir uno diferente al mismo tiempo. Así venían los detectives civilizados, felices de conocer la perla escondida, pero deseosos de seguir en búsqueda del Realismo Mágico. Para eso regresaron, para pedirme que los llevara a los Cuchumatanes, seguros de encontrar ahí el germen de la gran Literatura Latinoamericana, o mejor aún, dijo José, de una nueva gran literatura, del Realismo Onírico. Como yo también escribo, me emocionó la idea y contacté a Gamboa para irnos con los detectives a las alturas de Huehuetenango en busca del lugar donde se origina el Realismo Mágico.

Jeremías Godínez

Como saldríamos rumbo a los Cuchumatanes al día siguiente, cuando volvimos de Cuilco quise visitar de nuevo Zaculeu, tierra del mam de los mam; visitar el maravilloso teatro municipal y el templo a Minerva, el Mundo Maya clásico y la antigua Grecia en una misma ciudad, era por sí solo “Realismo Mágico”. Fui a acostarme como si tuviera un presentimiento, como si al próximo día fuera a suceder algo, tal vez malo, quizás bueno...

Esa mañana Xinabajul amaneció entre ingravidas gasas de neblina, un clima alucinante, propicio para viajar en busca de lo mágico. Nos reunimos a las cinco treinta de la madrugada. Desde el parque central partimos y nos sucedieron cosas en verdad alucinantes, que prefiero no contar por temor a ser llamado lunático.

Luis Martínez

Empezamos a subir la carretera, una de las más peligrosas que he visto. En cada curva, y sin exagerar, subíamos diez metros. La bruma, lo cerrado de las vueltas, lo angosto del camino, el desfiladero constante, la brisa, todo en general, me causaba vértigo. Llegamos al Mirador Juan Diéguez Olaverri y no pudimos ver nada. Arriba la atmósfera era de otro orden. Seguimos subiendo y a cada kilómetro nuestra noción de normalidad y de realidad se hacía más y más inexacta. Íbamos sumergiéndonos en el pasado, en lo ancestral y lo extraño. En esas alturas hasta los animales eran ajenos a nuestro mundo real, pues había «llamas» y las personas también, porque la población indígena que habita esas tierras no parece descender de los mayas, sino de cualquier sangre peruana.

Eunice Monzón

Iban maravillados, yo no tanto porque había subido muchas veces. Se maravillaron más y más se sorprendieron cuando, camino a la Laguna Magdalena, vieron varias formaciones rocosas de colores extraños para ellos, que se levantaban del suelo como si fueran una explosión antigua. Nos bajamos a verlas y fue ahí que les revelé lo que pocas personas saben. Tomen una de esas piedras negras que poseen fisuras blancas, les dije, y todos tomaron una. Ahora pártanlas, y como pudieron lo hicieron; fue grande su asombro al ver que capturados en esas piedras había fósiles antiquísimos de animales acuáticos. ¿Qué hacen estos fósiles de animales marítimos a más de tres mil metros sobre el nivel del mar?, me preguntó

José. Solo hay dos opciones le respondí, y le conté mi teoría y la de Gamboa: La mía, que tiene aspiraciones científicas, le dije, es que hace tiempo todo esto fue lecho marino y un choque continental catastrófico impulsó todo a estas alturas con moluscos y cuanto tenía encima. La de Gamboa, de tintes religiosos o mitológicos, sostiene que esos fósiles son una prueba de que el diluvio universal es un hecho histórico y que como en ese entonces el agua llegó hasta ahí, proliferaron los moluscos, y al descender el nivel del océano no se los llevó consigo. Jeremías y Luis parecieron ver lógicas ambas tesis, pero José no, ni se mostró convencido y menos asombrado por nuestras teorías.

José Paredes

Cuanto sucede acá no creo que lo expliquen teorías de aspiraciones científicas y tampoco de explicaciones bíblicas. No hubo tal fenómeno geológico ni tal diluvio universal, lo que hay acá, lo que explica estos fósiles, es el Realismo Mágico. Dirán que alucino, pero recordemos que en Maladrón los protagonistas andan en busca de «el lugar bajo la tierra donde se unen los dos océanos» y tal vez no sea realmente bajo la tierra, tal vez esa unión siempre estuvo sobre las montañas, acá, en los Cuchumatanes. Es probable que aquí haya un océano y por ser ladinos no podemos verlo, como el patrón de Juan Relios Tebelán, idígena que podía ver a los cangrejos haciendo el agua por ser natural, mientras que él no por ser mestizo. Todo cuanto ahora les digo es prueba de que el Realismo Mágico no emerge únicamente de la tradición oral, sino de una realidad que en realidad es mágica. Teniendo frente a ustedes estos fósiles marítimos a más de tres mil metros sobre el nivel del mar,

¿creen que en verdad el argumento de Maladrón (iniciado en estas tierras del Reino Mam) salió tan solo de la imaginación de Asturias? Al hacer esta pregunta vi asomándose a su boca una risa, una especie de burla ante mi discurso. Aquí hay un mar sobre nosotros, el Realismo Mágico en el Occidente de Guatemala nace del cruce dimensional de infinitos universos, alcancé a decirles, y entonces sí, dieron rienda suelta a la risa y se burlaron abiertamente de mí. Esperaban tal vez que les replicara insultándolos, pero no lo hice porque tenía fija la mirada en las alturas. Sorprendidos de mi comportamiento, siguieron mis ojos y entonces todos vieron a un hombre translúcido que flotaba a diez metros de altura con una caña de pescar, cuyo hilo caía sobre nosotros en busca de peces, también translúcidos, que vagaban cerca de las piedras con fósiles marítimos. Nos fue posible ver al hombre aproximadamente un minuto, pero él no pudo notar nuestra presencia. El pescador se desvaneció en la realidad de su dimensión y nosotros regresamos a Cuilco, ahora en busca del Premio Nobel de Literatura.

Pseudónimo: García Madero